

FABIO MORÁBITO

# POEMA

Sentado sobre el borde  
de una especie de pirámide,  
los pies colgando como un niño,  
miro la turbulencia de la lava  
que han encerrado en este círculo  
y oigo a lo lejos el ruido  
de unos autos.  
Me arrulla ese sonido y ver  
las rocas me hipnotiza.  
La gente habla en voz baja  
como si entrara a un templo  
y los que quieren caminar  
sobre la lava  
se paran en el borde  
y estudian la conformación rocosa  
que tiene un sinsabor  
de océano dividido  
y un aire de ser piedra sólo  
en las orillas, aunque  
tal vez todas las piedras  
son de lava  
y no han dejado de enfriarse,  
e imperceptibles círculos y rasgos  
interiores,  
si conociéramos el arte  
de abrir piedras,  
nos mostrarían la lentitud  
de su convalecencia,  
como sucede con los árboles;  
pero ¿quién puede abrir,  
que no es lo mismo que partir  
en dos, o en tres, o en mil,  
lo que se dice abrir, las piedras?  
Si se les mira mucho  
acaban por mostrar  
su gris más íntimo,

y un poco de ese gris,  
que a lo mejor sólo los pájaros  
distinguen,  
me ayuda a hacer la digestión  
sentado sobre el borde  
de esta especie de pirámide,  
los pies colgando en el vacío.  
Debí de ser en otro tiempo  
un ave de rapiña  
muy poco dado a las alturas,  
de giros breves y precisos,  
conocedor de cada espasmo  
de su entorno.  
Ésta es mi altura,  
a media altura,  
donde se acaban las pirámides,  
la altura de mi enfermedad  
cuando vivía en un primer piso,  
conocedor de cada espasmo  
de la calle.  
Tengo la justa elevación  
de los monólogos,  
tal vez la justa elevación  
de la locura,  
y observo  
el gris del fondo del cansancio  
de las piedras  
que es el secreto combustible  
de los pájaros,  
el gris del fondo de su vuelo  
y el gris que ayuda  
a todas las acciones;  
pero tal vez la lava no es de piedra  
y ningún círculo la enfría,  
sólo la enfrían  
los vuelos de los pájaros  
que van en el sentido de su fluido. ■